

---

## CONCLUSIÓN

*¿Qué es preciso hacer para imitar la naturaleza? Es preciso romper con vuestros métodos, que son, desde este punto de vista, obsoletos e impotentes. Es preciso intentar hacer actuar las fuerzas disimétricas, recurrir a acciones de sustancia, ellas mismas disimétricas.*

*Pasteur*<sup>1504</sup>

El abordaje de las asimetrías entre el Mercosur y la Unión Europea permite establecer un balance de los desafíos de estas relaciones, aunque provisorio, ya que se trata de relaciones en plena evolución. De tal modo, estas observaciones finales imponen un doble desafío: retomar sumariamente los objetivos de esta tesis e intentar comprender el *estado de espíritu* con el cual los socios abordan la futura asociación, a partir de una síntesis crítica de sus relaciones.

En primer lugar, tomemos los objetivos de esta tesis. Inicialmente fue preciso identificar, en el conjunto de las diferencias entre el Mercosur y la Unión Europea, aquellas que son capaces de afectar la conclusión o el contenido de un eventual acuerdo de asociación. Se efectuó un análisis del derecho institucional del Mercosur, el que a veces resultó sorprendente, y después un estudio del abismo existente entre las expectativas de las partes sobre sus propias relaciones. Se trataba, por lo tanto, de identificar las asimetrías, probar que ellas estaban íntimamente ligadas, pues es la debilidad institucional del Mercosur la que sentencia la asimetría relacional entre

---

<sup>1504</sup> *Oeuvres de Pasteur, Tome Premier – Dissymétrie moléculaire*, París, Masson, 1922, p. 376.

los bloques, constituyendo los verdaderos desafíos de la asociación interregional. Enfrentar estas asimetrías, al mismo tiempo negando toda homogeneización nociva, parte necesariamente de la negación del mito de los socios iguales, tan caro a la retórica de los países del Sur. Asumir estas diferencias sería la primera etapa del proceso que permitiría superar los desafíos que ellas engendran.

En segundo lugar, conviene destacar el *estado de espíritu* de los socios, en el ámbito de las actuales negociaciones. Para retomar la fórmula clásica de Montesquieu —“no me refiero a las leyes sino al espíritu de las leyes”—, el presente estudio buscaba más identificar las expectativas de las relaciones interregionales que tratar de las relaciones en sí. Es por lo tanto natural hacerlo intentando comprender la atmósfera en la cual se desarrollan las actuales negociaciones, aunque ello presente un valor científico relativo. Para este fin, conviene investigar de qué forma cada parte ve a su socio y qué sentimientos alimenta hacia él.

Inicialmente es preciso constatar que los fantasmas de la colonización están siempre presentes. No es raro que los gestos de cooperación europea con el Mercosur sean percibidos como la expresión de un *neocolonialismo*. La herida fue profunda. Los niños del Sur que tienen la oportunidad de ir a la escuela imaginan qué habría pasado si Cristóbal Colón no hubiese llegado a las Américas en 1492, pero rápidamente perciben que no habrían podido gozar de cierto confort propio de la civilización occidental. Sin embargo, los más pragmáticos recuerdan que, si no hubiese sido Colón, otro europeo no habría tardado en llegar, trayendo su saber, sus valores y sus herramientas. Apenas después de cierta experiencia es que se comprende que para estos pueblos de América la civilización occidental se tornó, hace siglos, una marca indeleble. El hombre sudamericano es un hombre occidental, aunque la parte que le corresponde en la división de las riquezas no corresponda perfectamente a su grado de adhesión a estos valores. Pero aquellos que nunca fueron a la escuela, por otro lado, se ven privados de la capacidad de reflexionar sobre este complejo proceso. A ellos les toca simplemente sobrevivir, desprovistos del *capital simbólico* del cual hablaba Bourdieu.

Frente a las profundas asimetrías internas de los países del Sur, los países desarrollados, y particularmente las ex metrópolis, ¿deben ser percibidas como responsables por las desventuras de los latinoamericanos? ¿La mayor de las disimetrías, la asimetría Norte-Sur, es la consecuencia de una especie de pecado original?

La constatación empírica de la existencia de latinoamericanos “exitosos” y de europeos y norteamericanos “fracasados” lleva a descartar cualquier respuesta simplista. Después de todo, ningún país escapa a las consecuencias perjudiciales del proceso global de profundización de la asimetría Norte-Sur. Nótese que, si lo importante para la ciencia no es dar una buena respuesta, sino, según Einstein, formular una buena pregunta, conviene redimensionar la interrogación: ¿Los países desarrollados conducen políticas externas a la altura de las asimetrías Norte-Sur? Y, más precisamente, ¿Europa conduce una política a la altura de las posibilidades de sus relaciones con el Mercosur?

Esta última pregunta implica reconocer que no es la asimetría la que crea un obstáculo a las relaciones interregionales, lo que, si fuese verdad, condenaría a tales regiones al aislamiento. Es la manera como actualmente son tratadas las disparidades lo que frena la aproximación entre el Mercosur y la Unión Europea.

Así, la Europa humanista y plural, muchas veces vista como un contrapunto necesario a la gran potencia capitalista y militarista norteamericana, despolitiza de a poco las relaciones interregionales. En realidad, los intereses de la Unión Europea en sus relaciones con los países del Sur tienden a centrarse, a semejanza de los intereses de los Estados Unidos, en los asuntos comerciales. Europa se alineó automáticamente a los Estados Unidos en ocasión del 11 de setiembre de 2001. En la reciente intervención armada de los Estados Unidos en Irak, Europa se mostró dividida, a pesar de la evidente ilicitud de la acción norteamericana y de la grave amenaza al acervo de cultural que ella representaba. Además, las empresas transnacionales de origen europeo no son menos predatoras que las otras. Bajo la bandera del libre comercio, ellas envían sistemáticamente sus lucros a la matriz, y el escape de riquezas es superficialmente compensado por políticas de ayuda al desarrollo.

Consecuentemente, el espíritu de esta asociación es doble. Por un lado, el de la donación, que constituye una relación entre donante y beneficiario. La *demanda de Europa*, de la que hablan algunos textos políticos, es muchas veces una demanda de cooperación y de ayuda. Del lado del comercio, las relaciones entre la Unión Europea y el Mercosur toman la forma de acuerdos entre comerciantes. Esta faceta lleva a algunos países a minimizar la amplitud de las asimetrías interregionales, a fin de facilitar la promoción comercial mutua. Pero es justamente la disparidad estructural de las respectivas economías lo que impide la resolución de conflictos

comerciales, tales como el de la cuestión agrícola. Sin embargo, las divergencias relativas a la agricultura representan apenas la punta del iceberg.

Es evidente que el desarrollo de los países del Mercosur no depende exclusivamente del acceso al mercado europeo, en particular a los mercados agrícolas. Supone también innumerables reformas internas, destinadas a garantizar la socialización de los beneficios de ese desarrollo. Se trata de un compromiso político considerable de parte a parte. Así, si se deseara una verdadera lucha contra la pobreza, como indican los discursos oficiales de los países desarrollados, mejorar los indicadores de desarrollo de los países del Sur implicaría, desde el punto de vista político, onerosas reformas por parte de todos los interlocutores de ese diálogo.

Mientras las relaciones Norte-Sur no sigan una lógica diferente, el dinero de los contribuyentes europeos continuará evaporándose en las *economías-casino* del Sur, absorbido tanto por la corrupción crónica de algunos gobiernos, como por los ajustes estructurales inadecuados, dictados por organismos financieros en los cuales toman asiento los propios países de la Unión. Ello no impide que la Unión continúe siendo un vector ascendente, sintetizando así la esperanza de otro tipo de globalización. Resta saber si ella desea verdaderamente ejercer ese papel.

Por otro lado, en lo que respecta a la consolidación del Mercosur, a pesar de la asimetría relacional entre los bloques, Europa ejerció un papel muy importante en varias crisis, incentivando a los socios del Sur a la unidad. Ella se colocó como un obstáculo a los impulsos antiintegracionistas de la Argentina del antiguo *superministro* Cavallo. Además, varias de sus acciones son animadas por la preocupación de reducir las asimetrías institucionales a través de la ayuda sustancial a la construcción del marco orgánico del bloque del Sur. No se trata de imponer un *cierto modelo institucional*, ya que las opciones del Mercosur en favor de la intergubernamentalidad radical no alteraron el flujo de la ayuda europea, sino de promover la *opción en favor de una integración regional*. Lo esencial de los avances del Mercosur, en los últimos años, se debió a la necesidad de negociar en bloque con la Unión Europea, una evidente fuerza centrípeta en la integración regional. En este sentido, el Sur ciertamente debe mucho a la Unión Europea.

Sin embargo, después del fracaso recurrente de las negociaciones del acuerdo, impera entre los negociadores el desencanto. Las propuestas de negociación siguen siendo percibidas como insatisfactorias de parte a parte. El Mercosur hesita en

distintos puntos de la negociación y vuelve a poner en cuestión aspectos que ya se consideraban superados, lo que agrava sus características de heterogeneidad en las posturas y precariedad en los compromisos con la inestabilidad de sus posiciones.

Europa, a su vez, sin el impulso del comisario Pascal Lamy, que ha considerado como prioridad política la conclusión del acuerdo con el Mercosur en el año 2004, no parece capaz de hacer las concesiones comerciales requeridas por el Mercosur. Todo indica que, una vez más, se van a esperar los resultados de las rondas multilaterales de negociación para avanzar en las negociaciones interregionales.

La tensión entre los negociadores llegó a niveles elevados en muchos momentos. En marzo de 2005, por ejemplo, los europeos se quejaron públicamente de la existencia de una contradicción entre las posiciones de los presidentes de los Estados parte del Mercosur y aquellas presentadas por los negociadores sureños enviados a Bruselas. No es raro que los delegados del Sur, a su vez, critiquen a través de la prensa las posiciones europeas e incluso adelanten algunas de sus posiciones a los medios de comunicación, para después comunicarlas oficialmente.

El camino que parece posible para que las relaciones entre los dos bloques encuentren éxito es el desarrollo de los temas no comerciales. Sin embargo, el propio Mercosur no ha acordado a estos temas la debida importancia y es difícil precisar si hay realmente una voluntad política de hacerlo.

El recorrido de esta tesis, en el laberinto de las múltiples disparidades, si no da lugar a proposiciones, por lo menos da lugar a una sospecha. La sustancia de las acciones disimétricas innovadoras parece residir en las sociedades y no en los Estados. De hecho, las anclas de los Estados-nación europeos impiden la superación, en el plano simbólico, de la lógica de la colonización: el mayor lucro con el menor costo. Pero los Estados del Sur se construyeron a su imagen y semejanza, y ello desde el primer espejo ofrecido a los indios por los europeos. Así, a pesar de las distorsiones, ellos ya no se someten como antes. El bloqueo reside en el hecho de que ellos tampoco son capaces de forjar para sí mismos otro camino. Tan solo la recuperación de la legitimidad democrática dentro de cada bloque parece poner en marcha un nuevo *abordaje de las relaciones interregionales*. En los moldes actuales, la asociación entre la Unión Europea y el Mercosur, en caso de que un día se efectivice, constituirá únicamente un triunfo comercial, apenas un trofeo más en la estantería del libre comercio.